

V

tres figuras del pontificado

*Por: PBRO. DR. HERNANDO BARRIENTOS C.
Dr. en Teología de la Universidad Gregoriana
Actual Vicario Episcopal de caridad
y Párroco de la Catedral.*

IN MEMORIAM:

S. S. Paulo VI
S. S. Juan Pablo I

EL MISTERIO DE LA MUERTE

En el día de la Transfiguración asistimos todos al milagro: de par en par se abren los cielos y se escucha melodiosa la voz que llama: "Siervo bueno y fiel entra en la casa de tu Señor".

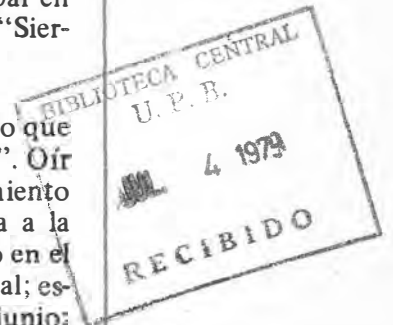
La vida de Paulo VI fué un devoto cumplimiento del mandato que se oyó en la Montaña Santa: "este es mi hijo amado: escuchadlo". Oír al Señor fué su dedicación permanente: el susurrante llamamiento temprano de su vocación sacerdotal, oírlo cuando lo llamaba a la bienaventurada soledad interior de la oración y del estudio; oírlo en el deber a continuar la tarea de los 12 galileos en la misión pontifical; escucharlo cuando le clamó al oído en aquella mañana del 21 de junio: ven, sígueme, haré de tí pescador de hombres porque tú eres Pedro.

Eistein decía que la luz puede ser afectada por la gravedad y que por tanto un objeto que se contrajera hasta alcanzar determinada densidad podría ejercer una tracción tal sobre la luz, que no se escaparía ni una mínima porción de ésta. Según la teoría de la relatividad, un objeto así, sería completamente invisible. Así se explican los pulsares: estrellas invisibles que giran a una velocidad increíble y que poseen la más desconcertante densidad.

Así es el misterio de la muerte: que es el empalme del tiempo con la eternidad con toda su dimensión de trascendencia; tiene un contenido tan denso y prieto para los que estamos a este lado del abismo, que no vemos sino sombras donde está palpitando la luz que no se extingue. Lo esperado y lejano allí se hace misteriosamente presente y lo escatológico se torna vital. El hombre entra en la visión intuitiva, sin titilaciones, de una luz sin ocaso y comienza a ser semejante a Dios porque lo ve tal cual es, sin imágenes, ni espejos, ni enigmas. Comienza a manar el torrente de las delicias que inunda la casa de Dios y entonces:

dichosa y venturosa
el alma que a su Dios tiene presente.
Oh! mil veces dichosa
pues bebe de una fuente
que no se ha de agotar eternamente.

Esa sigilosa puerta de la muerte abre la entrada a la quietud gozosa de la eternidad y a la vida del recuerdo, que llamamos la historia.



Pablo VI entra por ella serenamente a recibir su consagración como uno de los mejores ejemplares de la especie humana: por sus realizaciones, por su pensamiento, por su autenticidad, por su coherencia y por todos sus años de edificante ejemplaridad.

Por eso ahora en Roma, en el sepelio, cuando las campanas de la Basílica de San Pedro tocaban lentamente, al compás del misterio, la muchedumbre prorrumpió en un aplauso emocionado, espontáneo, simbólico, marcando su entrada triunfal a la grandeza y agradeciendo con emoción su entrega sin reserva.

Mientras tanto la Iglesia militante y peregrina se está edificando con su recuerdo: asiduo estudiante a pesar de sus débiles fuerzas físicas; sacerdote con vocación al estudio y la oración; servidor por breve lapso en Polonia; Sustituto de la Secretaría de Estado durante veinte años de penumbra, aceptada y preferida; arzobispo de Milán minucioso, activo, profundo, incansable. Pontífice que amula las mayores glorias del pasado y que cristaliza las mejores características de sus inmediatos precesores.

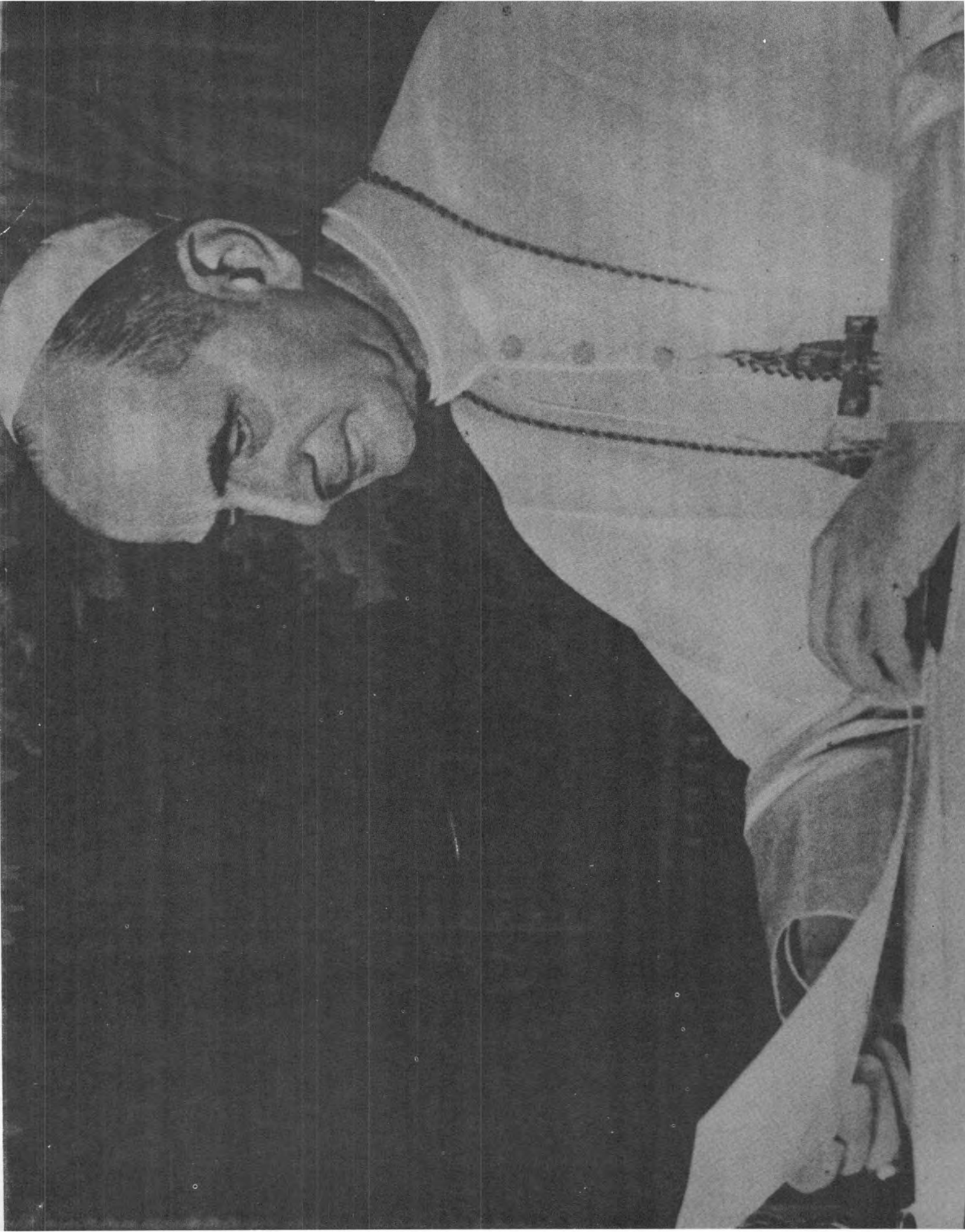
SIMILITUDES DE PABLO VI CON SUS PREDECESORES

Como León XIII -se le llamó en Milán- el Pontífice de los Obreros: su *Populorum progresio* y su *Octogésima Adveniens* lo muestran como otro beso de Cristo al mundo del trabajo y como orientador seguro.

Se pareció a Pío X en lo piadoso sin gazmoñerías, en lo sacerdotal de todos los instantes. Cuando coronaban a Pío X en la basílica prohibió los aplausos y los vivas porque "no está bien que se aplauda al siervo en la Casa del Señor". Así Paulo VI redujo redundantes protocolos y pompas arcaicas.

Fue como Benedicto XV ansioso por la paz, edificada sobre la justicia. Como Pío XI, -quien lo nombró desde 1.937 como Sustituto en la Secretaria de Estado;; fué valeroso en la fe, audaz en sus determinaciones, misionero de corazón sin linderos. "La fe saturaba la actividad del Papa", "escribió él mismo del Pontífice cuyo lema parecía ser: "nada se ha hecho si todavía queda algo por hacer" ".

El Papa que rechazó valerosamente el nacismo racista, el facismo infatuado, el comunismo ateo; el de las formidables encíclicas; el de los intrépidos concordatos; el organizador del Vaticano con su emisora y su administración, como si estuviera en su biblioteca Ambrosiana; el Papa de la Acción Católica y de las misiones en tierras remotas.



Paulo VI será también misionero y peregrino agujoneado por la solicitud de todas las Iglesias y a la vez el reformador prudente de estructuras venerables pero desueltas.

Como Pío XII, ágil, ecuménico, sabio. Nunca fué un diplomático que celebraba Misa, era siempre un sacerdote que se sabía ocupar en la diplomacia. El exaltó a Montini porque “apreciamos tus dotes de ingenio, tu fuerza de ánimo, tu sincera piedad”.

Cuando la ocupación nazi de Roma, fueron aprehendidos mil judíos y se exigían por su rescate millones de liras y mucho oro físico, que el diezmado ghetto romano no estaba en capacidad de entregar.

El gran rabino Zolli acude a Pío XII y recibe las seguridades del respaldo económico y en cuanto al oro se tendrá aunque sea fundiendo los vasos sagrados y su propio pectoral. Pasada la contienda el rabino se hará católico y se hará llamar Eugenio al bautizarse.

Paulo VI recoge todos los ahorros en Navidad y va al Montepío de Milán a entregar ese dinero en rescate de las herramientas y utensilios de trabajo que los obreros pobres hayan tenido que empeñar. Dona su anillo pastoral y la tiara que le regalaron los milaneses para iniciar una colecta en favor de los humildes.

Y si el Vaticano se convirtió del 39 al 45 en un puesto de socorro, el Papa Montini organizó a Cor Unum para servir a los pobres con la generosidad de la Iglesia apostólica y la agilidad de la empresa contemporánea.

Se pareció a Juan XXIII que mandaba, al despedirse en una ocasional audiencia con obreros, en una noche inolvidable, un beso a los niños con el encargo de decirles que era una caricia que les mandaba el Papa; Montini va a orar y a cantar a la Virgen en un campamento de gitanos, porque ambos tienen un corazón que no les deja ser sino buenos.

Paulo VI tiene algún rasgo de cada uno de ellos, enmarcado en su personalísima originalidad. Sabía respetar la ajena personalidad, pero no permitía intromisiones en su conciencia.

CARACTERISTICAS DE SU PERSONALIDAD

Era diplomático, pero no habilidoso. Era ágil, pero no tornadizo. Era equilibrado pero no equilibrista. Tenía una singular perspicacia para calificar los hechos y las personas, tanto que de él se afirmó que donde ponía un epíteto se puede asegurar que no cabía ningún otro.

Era polifacético pero definido. Era pluriforme, ondulado, zigzagueante si se quiere, pero nunca contradictorio: veía demasiadas salidas donde los topos no solían hallar sino una y respetaba todas las opciones lícitas.

“Debemos promover -decía- la reconciliación de nuestras tradiciones católicas con el sano humanismo de la época moderna”.

Era el edificante -y algunas veces incomprendido- ministro fiel: pero fiel a Dios y a los hermanos, con las terribles exigencias de esta difícil simultánea fidelidad.

Tratar de encasillarlo en la derecha o en la izquierda; en la avanzada o en la retaguardia, es desconocer el sentido de profundidad y de altura que siempre lo urgió. El Evangelio absorbe los cuatro puntos cardinales de la actividad humana para orientarlos a Dios.

EPOCA EXCEPCIONAL

Le tocó una época excepcional en la que otro cualquiera, sin talento, finura y virtud hubiera fracasado.

Como en el siglo XVI los hombres engreídos porque la brújula les abrió muchos caminos por el mar océano y les redujo así el tamaño de la tierra, se dedicaron a un renacimiento pagano y a una Reforma suicida, los hombres de hoy envalentonados con las conquistas de la ciencia y con los vuelos espaciales, reclaman una autonomía absoluta y una libertad sin frenos.

Hoy ofenden los dogmas, estorban los cánones. El hombre moderno no acepta la tradición sino como folclore y quiere revisar todas las verdades heredadas, partiendo de la duda metódica. No confía sino en las estadísticas y en los depósitos disponibles, porque sus horizontes no avanzan más allá de sus deseos primarios y del hartazgo de sus apetitos vitales.

Cada uno ha puesto como suprema norma el egoísmo: y el amor se volvió una simple tendencia míope o una ciega inclinación endocrina.

El mundo moderno, pagano, tornadizo, angustiado y contradictorio tiene crisis de amor, de fe y de esperanza.

Paulo VI encauzó hacia esas vertientes su actividad apostólica. Continuó y concluyó el Vaticano II porque era una tarea que le había parecido bien a los hombres y al Espíritu Santo: había que mostrar otra imagen de la Iglesia, para que apareciera como sacramento universal de salvación.

Promulga las Constituciones y Decretos del Concilio, reforma la Curia, constituye Consejos de seglares, reforma el Colegio Cardenalicio, crea el Sínodo de Obispos, expide los decretos y normas que harán operantes y viables las disposiciones conciliares.

Ilumina la Iglesia con sus inmortales encíclicas y sus magistrales exhortaciones. En la *Ecclesiam Suam* traza su programa de acción pastoral; en *Misterium Fidei* se postra ante el Señor Sacramentado con la fe sabia de un Santo Tomás de Aquino; vibra de amor filial en las encíclicas marianas, exhorta al celibato: bautiza el progreso de los pueblos; orienta los medios de comunicación y defiende a la pareja humana en su noble tarea de procrear, de intromisiones abusivas de poderes humanos.

Escribe continuamente, habla sin cansarse. Evangeliza siempre. Es el Profeta de los tiempos nuevos. Varios volúmenes forman sus luminosas catequesis de los miércoles, siempre nuevas, originales, oportunas, contagiosas. Lo urge el amor. Hace la verdad en la caridad.

Y hasta en el Angelus, después de saludar a la Linda, tiene pretexto para exhortar unos instantes a las muchedumbres ávidas.

El afán misionero del corazón de Pablo de Tarso quema al Papa Paulo VI y lo impele a ir a abrazar a Atenágoras y a todas las iglesias orientales en Jerusalén; va a Bombay a decir cuánto ama a los parias y marginados; llega a Nueva York a las Naciones Unidas para convidar a la paz y a la fraternidad, ante la admiración respetuosa de todos los países del mundo, como experto en humanidad. En Fátima quiere enseñarnos cuánto debemos acudir a la clemente, piadosa y dulce Virgen María; en Turquía, andando por rutas de venerados concilios, se reencontra con los Patriarcas de Oriente; en Ginebra, en la organización internacional del trabajo, quiere mostrar su paternal benevolencia con la clase obrera; en Uganda estrecha contra su corazón el mundo negro, con sus infinitas necesidades latentes; en el extremo Oriente, en Australia, en Hong-Kong, en Samoa, se convence de que el mundo es muy pequeño en comparación de su celo sin fronteras y sin pausas, y aquí en Colombia viene a besar nuestro amado suelo porque nos quiere dejar todo su corazón en ese mensaje, que es el que usan las madres con sus hijos tiernos.

El Papa Paulo VI no ha muerto. Simplemente celebró la fiesta litúrgica de la Transfiguración que se inició en su bautismo.

El ya pudo cantar como S. Juan de la Cruz:

“Quedeme y olvideme
El rostro recliné sobre el Amado.
Cesó todo y dejeme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Juan Pablo I, papa - celebrat

JUAN PABLO I SE PARECIA AL EVANGELIO

Por: **MONSEÑOR ALFONSO LOPEZ TRUJILLO**
Arzobispo Coadjutor de Medellín
(en el funeral del Papa Juan Pablo I)

1.- ACONTECIMIENTO DE MUERTE Y DE VIDA.

A penas cubierta la sepultura de Pablo VI, en la entraña misma de la colina vaticana y restañada la herida causada por su partida con el óleo de la esperanza cristiana, no desvanecidos todavía los ecos alegres del anuncio de la elección de Juan Pablo I como Sucesor de Pedro, nos congregamos nuevamente, desgarrado el corazón, pero inundado en la certidumbre del Misterio Pascual, por el paso sorpresivo del Pastor Universal para el encuentro definitivo en el cielo con el Cristo para el cual vivió. Resuenan todavía las palabras centrales en el inicio de su Pontificado y que son prolongación en la Iglesia del diálogo del Señor con el pescador de Galilea: "Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo". Le dice Jesús: "Apacienta mis ovejas" (Jn. 21, 17)

En medio del desconcierto provocado por el término de su terrena peregrinación hecha de decidido seguimiento del Maestro, de proclamación silenciosa de la Buena Nueva y de anuncio claro e inequívoco del Misterio de Jesús, celebremos este acontecimiento de muerte y de vida. Renovemos nuestra fe en Jesús, quien en la tristeza de Betania se revela como "la resurrección y la vida". Es el canto de la Iglesia: "Al Rey, para quien todo vive, venid, adoremos".

La existencia del Papa Juan Pablo fue una parábola abierta en la humilde cuna donde bebió la fe, moldeada en la intimidad con el Señor y volcada al servicio de la congregación de los fieles y de la humanidad, que culminó, mientras leía la "Imitación de Cristo" que sólo la muerte arrancó de sus manos. Su brevísimo Pontificado ha sido como el fugaz paso de un cometa que prodigó destellos promisorios y repleto de alegría a un mundo sediento de Dios.

2.- QUE INSONDABLES SON LOS DESIGNIOS DE DIOS.

"¡Qué insondables son los designios de Dios y cuán inescrutables sus caminos!" (Rom. 11, 33-36). El Señor de la historia que teje providencialmente los acontecimientos, echó primero por tierra, como castillos de naipes, la baraja de cálculos de los "expertos" que ni barruntaban el evidente consenso, en el trono del Patriarca de Venecia, que apenas sí figuraba en la gama de las predicciones y que lo condu-

jo, ante su propia sorpresa, a la cátedra de Pedro. Cuando empezaba a familiarizarse con el pastoreo de la Iglesia universal y a trazar con perfiles inconfundibles de serena firmeza la proyección de su ministerio, en un vasto concierto de corazones conquistados por su mansedumbre, y por la paz de su corazón que se asomaba a sus labios en fresca sonrisa, el Señor lo llamó a continuar el diálogo gozoso y sin límites. "Qué insondables son los designios de Dios y cuán inescrutables sus caminos!".

3.- LA CATEDRA DE PEDRO, PRINCIPIO DINAMICO DE UNIDAD:

El principio dinámico de unidad que es en la Iglesia la cátedra de Pedro, característica peculiar de nuestra identidad católica, está cimentada en la confesión del Príncipe de los Apóstoles, en Cesárea de Filipo: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt. 16, 16). Sobre esta confesión, que es la fe de todo el pueblo de Dios, se levanta y edifica sin cesar el templo vivo de la Iglesia, El Señor, El Kuryos, que funda la Iglesia sobre la roca de Pedro y la acompaña siempre, a lo largo de los tiempos y en todos los confines, en su empeño evangelizador, llama a los Pontífices para "confirmar en la fe a sus hermanos": "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt. 16, 18). Esto ha sido cumplido en la larga cadena de los Papas, de manera variada y multiforme, con diferentes personalidades, según la diversidad de los momentos históricos, de los retos y necesidades. Ha habido épocas de imponente floración de santidad, hasta la sangre derramada en testimonio del Reino. No han faltado tampoco los espacios sombríos, en los cuales, a pesar de la debilidad y del pecado, no faltó el empeño evangelizador y el aliento de la caridad.

4.- PILARES DEL PONTIFICADO DE JUAN PABLO I

El Señor ha bendecido particularmente en los últimos tiempos a su Cuerpo Místico con una pléyade de servidores ejemplares. Vano intento sería oponer estilos y personalidades, entre Pontífices que se han entregado con los dones recibidos del Señor. Ha quedado impreso en la conciencia de la Iglesia Pío XII, cuya imagen se yergue como remanso de paz en medio de las llamaradas de la guerra, con la riqueza de su magisterio. Caló muy adentro de los corazones el cálido afecto hacia Juan XXIII, en cuya mente surgió la formidable renovación del Concilio. Experimentamos con reconocimiento la sabia y segura conducción de Pablo VI, en medio del oleaje tormentoso, peregrino de la paz, infatigable evangelizador, como el Apóstol de las gentes; defensor del amor, de la dignidad del hombre, que abrió cauces dentro de la Iglesia a una mayor universalidad y desplegó fuera de ella amplias perspectivas de presencia pastoral en servicio del mundo, cuya suerte lleva la Iglesia en su regazo. Quiso el Papa Juan Pablo que lo específico y original de su servicio fuera la prolongación, en acabada síntesis, del patrimonio recogido de sus antecesores, en esencial coherencia, en gozosa firmeza, como lo subrayó en sus intervenciones iniciales. Pilares de su pontificado debían ser ante todo la confesión sin recortes del Misterio de Cristo, la diáfana fidelidad a la Iglesia en el marco de su gran disciplina, interna y externa, en orden a la mayor eficacia evangelizadora.

5.- LA VERDADERA ARISTOCRACIA ES EL SERVICIO DE LOS POBRES

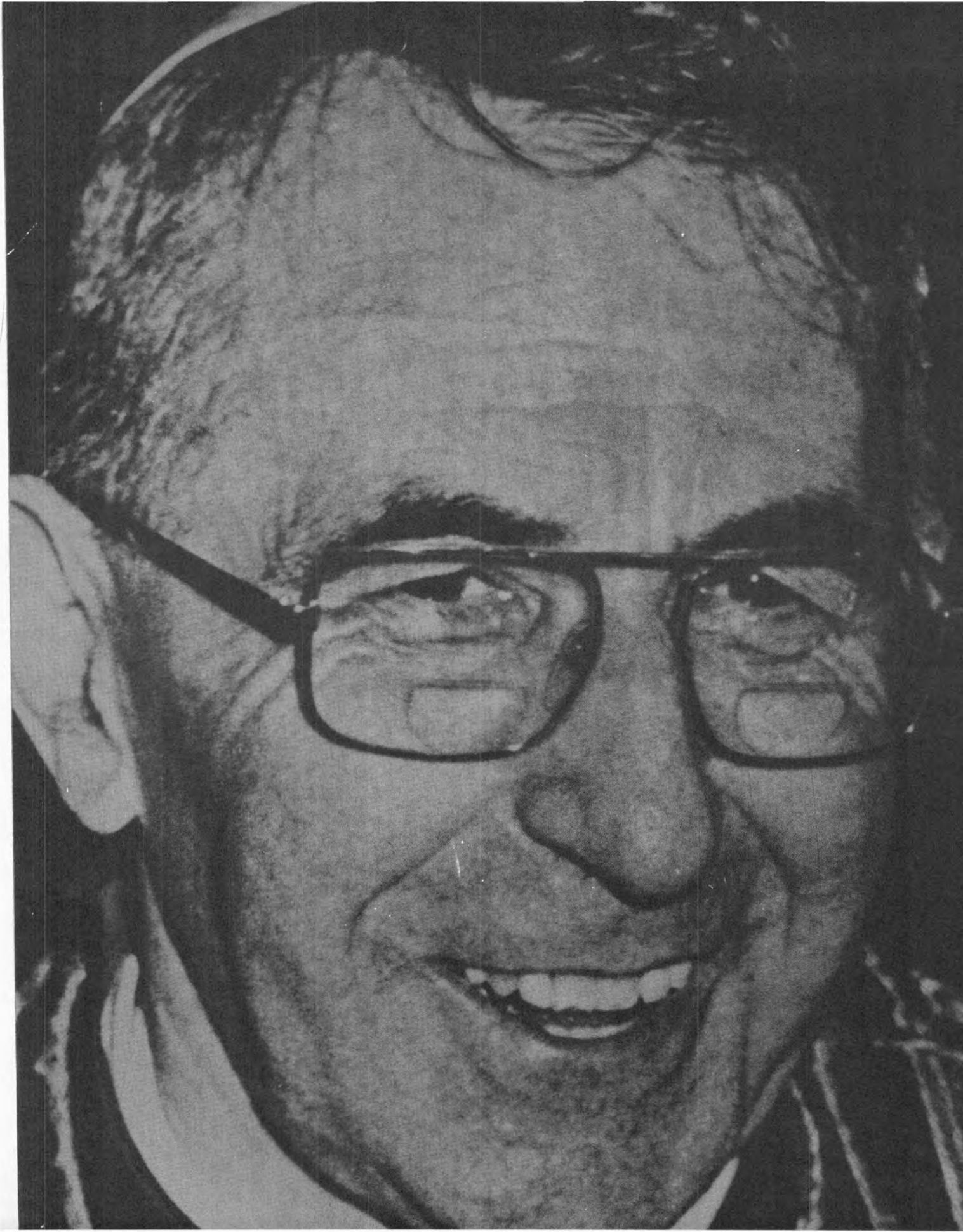
Menuda sorpresa se llevó cuando él, que quería cantar en la última rama del árbol eclesial, como lo decía en su lenguaje transparente de catequista, el soplo del Espíritu lo hizo posar en la copa del árbol, para presidir la Comunidad de la Caridad. Cuánto hubiera él preferido continuar sus frecuentes catequesis, ágiles, sencillas, cercanas al corazón de los humildes, en San Marcos. En ellas, colgaba la densidad de los conceptos, cuajadas en su experiencia de profesor de teología, en gráficas comparaciones, en anécdotas llenas de colorido, en expresiones recogidas del alma popular. Apuntaba que, el catequista debe ser maestro con las ideas sólidamente comunicadas e impresas en el corazón. Cómo le hubiera gustado seguir compartiendo con sus sacerdotes el diálogo animado, rubricado con fraterna carcajada, y acompañando su pequeña grey de Belluno, de Vittorio Veneto, con pupilas en que salta la chispa del humor, en una aguda evaluación de los sucesos y penetrante comprensión de la vida. Cuánto hubiera dado por surcar los canales de Venecia, confundido entre las gentes, para seguir visitando colegios, parroquias, conventos, o para que sus pasos terminaran, en la expresión de Tagore, en el umbral de los pobres, de los necesitados. Porque estaba convencido de que, así lo escribió, la verdadera aristocracia es el servicio de los pobres.

Ese fue el estilo que brindó en los 33 días de su Pontificado, breves como los 33 años de la vida del Señor, cortos y sustanciosos como sus discursos y sus cartas. Estilo sencillo, liano, fresco, como las montañas de Belluno, su aldea natal, que no era solamente una dotación natural, sino fruto de un alma templada en la oración que había cincelado en su vida, a golpes de evangelio el lema agustiniano, la humildad.

6.- EL ROSTRO DE LOS SANTOS REVELA LA BONDAD DE DIOS

Las gentes terminan por parecerse a aquello que tratan con familiaridad: eso le ocurrió al Padre, al Obispo, al Patriarca, Albino Luciani, con el Evangelio. Por eso como Lacordaire decía del Santo Cura de Ars, cabía decirlo del Papa Juan Pablo: he visto a Dios en un hombre. El rostro de los santos revela espontáneamente la bondad del Padre de los cielos: eso era lo que se experimentaba en la cercanía de Juan XXIII, de Pablo VI y de Juan Pablo I.

Nada tenía que ver su sencillez con una simplicidad gris u opaca, propicia para un ejercicio vacilante de su autoridad o para aprisionar en nerviosos titubeos la diáfana y aún tajante claridad de su pensamiento y de su enseñanza. Sabía bien que al aceptar libremente el fardo del Pontificado, como cruz onerosa y ligera a la vez, como suave yugo, su misma comprensión y amor a la Iglesia, exigían el ejercicio de la sagrada autoridad, con la que el Señor lo revistió. Quien quiera sumergirse en las páginas del libro "Ilustrissimi", cartas dirigidas a personajes históricos o a figuras arrancadas de la leyenda, y cuyos verdade-



ros destinatarios eran los fieles, podrá darse cabal cuenta de su semblanza.

7.- JUAN PABLO I, MAESTRO DE LA FE

Como Maestro de la fe jamás permitió en sus diócesis que se pusieran en pública subasta los grandes principios: la fe no es pluralista, decía: se puede admitir un sano pluralismo en la teología, en la liturgia, en otras cosas, pero hay que rechazar con todas las fuerzas la idea de que las verdades de la fe sean sólo expresiones de un momento de la conciencia y de la vida de la Iglesia. No transigía con fáciles reinterpretaciones del Evangelio que osan presentar un Cristo distinto de Aquel en el que la Iglesia siempre ha creído o establecer una dimensión sustitutoria de la misión esencial de la Iglesia en la que se haga coincidir la liberación política, económica y social, así su corazón estuviera volcado hacia los humildes y menesterosos, con la salvación en Jesucristo. Esta idea la subrayaba recientemente en la Audiencia del 20 de septiembre al rechazar aquello de que "Ubi Lenin, ibi Jerusalem". Aboga por la justicia social penetrada del Sermón de la Montaña y que debe llevar a reales condiciones de fraternidad, tal como se elabora en la Enseñanza Social de la Iglesia, en donde los derechos de los pobres no sean conculcados ni se señale la tierra de promisión más allá después de medir el desierto de luchas sin capacidad de encuentro, de conversión y reconciliación.

8.- JUAN PABLO I, HOMBRE DE DIOS, HOMBRE DE IGLESIA, HERMANO DE LOS HOMBRES

Juan Pablo quiso ser y lo fue, un hombre de Dios, un hombre de Iglesia, un hermano de los hombres. Concebía la docilidad al Espíritu como la mejor manera de servirlos y el amor como el instrumento esencial en las manos de los cristianos para ser obreros de la paz. Todo es noble -era su expresión y su consigna- cuando viene del Reino de amor, en el que ahora habita: Reino del Padre, Reino de Cristo. El Papa, cuyos despojos mortales yacen ahora, junto a Pablo VI, en la gruta vaticana, y cuya alama ha entrado al reposo definitivo y espera que Cristo "haga surgir de la tierra a los muertos y transforme su cuerpo frágil en cuerpo glorioso como el suyo" (Plegaria Eucarística III) nos deja el legado de su amor. "Al Rey, para quien todo vive, venid, adoremos".

9.- NUEVO CONCLAVE

En la ciudad eterna los cardenales se preparan para un nuevo conclave. Los ojos se posarán nuevamente para escrutar en la altura el color de la "fumata" que precede al anuncio de la elección del Nuevo Papa, fiel y digno como la Iglesia lo quiere y lo necesita. Continuando en su peregrinar el proceso de muerte y vida, de dolor y gozo que repite el diálogo cerca del lago de Genezareth. "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo", "Tú eres Pedro..." "Pedro, me amas? Señor Tú sabes que te amo".

JUAN PABLO II A LOS UNIVERSITARIOS CATOLICOS

(Méjico - enero 31 de 1.979)

Queridos hermanos y hermanas
del mundo universitario católico:

Con inmensa alegría y esperanza acudo a esta cita con vosotros estudiantes, profesores y auxiliares de las Universidades Católicas de México, en los que veo también al mundo universitario de América Latina entera.

Recibid mi saludo más cordial. Es el saludo de quien se encuentra tan a gusto entre la juventud, en la que cifra tantísimas esperanzas, sobre todo cuando se trata de sectores tan calificados como los que van pasando por las aulas universitarias, preparándose para un futuro que será determinante en la Sociedad.

Permitidme que en primer lugar ponga un recuerdo para los miembros de la Universidad Católica de La Salle, en cuyo recinto debía celebrarse este encuentro. Pero no es menos cordial mi recuerdo para las otras universidades Católicas Mexicanas: Universidad Ibero Americana, Universidad Anáhuac, Universidad de Monterrey, Instituto Superior de Ciencias de la Educación en Ciudad de México, Facultad de Contaduría Pública de Veracruz, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente en Guadalajara, Universidad Motolinia, Universidad Femenina de Puebla, Facultad Canónica de Filosofía con sede en esta ciudad y Facultad -todavía en ciernes- de Teología igualmente en esta metrópoli.

Se trata de universidades jóvenes. Tenéis sin embargo un antepasado venerable en la "Real y Pontificia Universidad de México", fundada el 21 de Septiembre de 1551, con la finalidad explícita de que en ella "los naturales y los hijos de españoles fuesen instruídos en las cosas de la Santa Fe católica y en las demás facultades".

Hay también entre vosotros -y ciertamente son numerosísimos en todo el territorio mexicano- profesores y estudiantes católicos que enseñan o estudian en las Universidades de diversas denominaciones. A ellos igualmente dirijo mi afectuoso saludo y manifiesto mi profundo gozo al saber que todos están comprometidos de la misma forma en la instauración del Reino de Cristo.

Alarguemos ahora la vista por el vasto horizonte latinoamericano. Así mi saludo y pensamiento se detendrá complacido en tantos Centros católicos Universitarios que en cada Nación son motivo de legítimo orgullo, donde convergen tantas miradas ilusionadas, de donde se irradian la cultura y civismo cristianos, donde se forman las personas en un clima de concepción integral del ser humano, con rigor científico y con una visión cristiana del hombre, de la vida, de la sociedad, de los valores morales y religiosos.

Y ahora ¿Qué más os puedo decir en estos momentos que necesariamente habrán de ser breves? ¿Qué puede esperar el mundo universitario católico mexicano y latinoamericano de la palabra del Papa?

Creo poder resumirlo bastante sintéticamente, en tres observaciones, siguiendo la línea de mi venerado Predecesor el Papa Pablo VI.

a). La primera es que la Universidad Católica debe ofrecer una aportación específica a la iglesia y a la sociedad, situándose en un nivel de investigación científica elevado, de estudio profundo de los problemas de un sentido histórico adecuado. Pero esto no basta para una Universidad Católica. Esta debe encontrar su significado último y profundo en Cristo, en su Mensaje salvífico, que abarca al hombre en su totalidad, y en las enseñanzas de la Iglesia.

Todo esto supone la promoción de una cultura integral, es decir, la que mira al desarrollo completo de la persona humana, en la que resalten los valores de la inteligencia, voluntad, conciencia, fraternidad, basados todos en Dios Creador y que han sido elevados maravillosamente en Cristo (cf. "Gaudium et Spes" 61): una cultura que se dirija de modo desinteresado y genuino al bien de la comunidad y de toda la sociedad.

b). La segunda observación es que la Universidad Católica debe ser formadora de hombres realmente insignes para su Saber, dispuestos a ejercer funciones comprometidas en la sociedad y a testimoniar su fe ante el mundo ("Graviss educat", 10). Finalidad que hoy es indudablemente decisiva. A la formación científica de los estudiantes conviene, pues, añadir una profunda formación moral y cristiana, no considerada como algo que se añade desde fuera, sino como un aspecto con el que la institución académica resulte por así decirlo, especificada y vivida. Se trata de promover y realizar en los profesores y en los estudiantes una síntesis cada vez más armónica entre fe y razón, entre fe y cultura, entre fe y vida. Dicha síntesis debe procurarse no sólo a nivel de investigación y enseñanza, sino también a nivel educativo-pedagógico.

c). La tercera observación es que la Universidad Católica debe ser un ámbito en el que el cristianismo sea vivo y operante. Es una vocación irrenunciable de la Universidad Católica dar testimonio de ser una comunidad seria y sinceramente comprometida en la búsqueda científica, pero también caracterizada visiblemente por una vida cristiana auténtica. Esto supone, entre otras cosas, una revisión de la figura del

profesor, el cual no puede ser considerado únicamente como un simple transmisor de ciencia, sino también y sobre todo como un testigo y educador de vida cristiana auténtica. En este privilegiado ambiente de formación, vosotros, queridos estudiantes, estáis llamados a una colaboración consciente y responsable, libre y generosa, para realizar vuestra misma formación.

● **L**a implantación de una pastoral universitaria, ya sea como pastoral de las inteligencias, ya sea como fuente de vida litúrgica y que debe atender a todo el sector universitario de la nación, no dejará de encontrar frutos preciosos de elevación humana y cristiana.

Queridos hijos que os dedicais completa o parcialmente al sector universitario católico de vuestros respectivos países, y todos vosotros que, en cualquier ambiente universitario, estáis comprometidos en implantar el Reino de Dios.

- Cread una verdadera familia universitaria, empeñada en la búsqueda no siempre fácil, de la verdad y del bien, aspiraciones supremas de ser racional y bases de sólida y responsable estructura moral;
- Perseguid una seria actividad investigadora, orientadora de las nuevas generaciones hacia la verdad, hacia la madurez humana y religiosa;
- Trabajad infatigablemente para el progreso auténtico y completo de vuestras Patrias. Sin prejuicios de ningún tipo, dad la mano a quien se propone, como vosotros, la construcción del auténtico bien común;
- Unid vuestras fuerzas de Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, de laicos, en la programación y realización de vuestros centros académicos y de sus actividades;

Caminad alegres e infatigables bajo la guía de la Santa Madre Iglesia, cuyo Magisterio, prolongamiento del de Cristo, es garantía única para no perder el justo camino, y guía segura hacia la herencia impercedera que Cristo reserva a quien le es fiel.

Os encomiendo a todos a la Eterna Sabiduría: “esplendente e inmarcesible es la sabiduría; fácilmente se deja ver de los que la aman y es hallada por los que la buscan” (Sb 6, 12).

¡Que la Sede de la Sabiduría, a la que México y toda América Latina venera en el Santuario de Guadalupe, os proteja a todos bajo su manto maternal! Así sea. Y muchas gracias por vuestra presencia.

